

Carlos: Un antecedente del personaje de la novela contemporánea venezolana

Miguel Marcotrigiano L.

“Se trata, pues, de la creación de un verdadero
tipo psicológico de posibilidades universales”...

Edoardo Crema

I

Mucho se ha hablado y escrito sobre **Peonía**. Infinidad de autores se han pronunciado en pro o en contra de la novela, tanto sobre su calidad cuanto sobre otros aspectos menos literarios. Al respecto, de lo que más se ha hablado es de si es ésta la primera “novela venezolana” o, por el contrario, dicho honor correspondía a la novela de Eduardo Blanco, **Zárate**.

Mas ninguno de estos temas nos atañen por el momento. Nuestro interés, como se desprende del título del trabajo, se centra en el protagonista de Peonía: Carlos.

Forzosamente, cada vez que se ha abordado un estudio sobre esta novela, su autor ha debido referirse a Carlos, ya que es a través de él como tenemos acceso a la anécdota. El es el protagonista y, además, quien narra las acciones en la obra. Y cualquier lector atento de inmediato comprenderá la complejidad que presenta este personaje. Se pueden estudiar los demás personajes, pero este estudio no posee valor alguno si no se tiene en cuenta a Carlos: debemos tener presente que la visión que recibimos del resto de los actantes es el punto de vista —obviamente, muy subjetivo— del protagonista.

La complejidad de Carlos viene dada, en primer lugar, por la identificación que se podría hacer con la persona del autor. Como se sabe, Romero García (Caracas, 1865) se dedicó por igual a la milicia, a la política, al periodismo y a la literatura: aun cuando algunos críticos sostengan que esta última actividad era una “extensión” de sus quehaceres periodístico y político. Por ejemplo, Mariano Picón Salas, entre otros “defectos” que ve en la novela, se apoya en Julio Planchart para hacer notar que “aquel vehemente periodista que era Romerogarcía llega al campo literario de la ficción sin determinar bien los géneros” (1984: 124).

Quizás este punto no hubiese sido “explotado” tanto por los críticos, si el mismo Romero García no hubiese hecho hincapié en su presencia en la novela, al escribir esa suerte de prólogo misiva dirigida a Jorge Isaacs. Allí afirma: “Quizás se resienta de mis rencores; pero ¿cómo no tenerlos cuando se nos humilla y envilece? ¿Cómo separar de la pluma todo el ajenjo que ponen en el pecho del insulto y el ultraje? Vos sabéis, por

propia experiencia, que en las luchas políticas se arroja lodo al rostro del enemigo cuando no se le puede vencer gallardamente". (1979: 7).

Pero todo personaje, cualquiera que haya sido la intención del autor, se convierte en algo completamente ajeno a su persona y pasa a formar parte de la ficción narrativa, incluso en las obras autobiográficas. Por ello, en este trabajo nos centraremos en un protagonista que narra ubicado en una ficción; es decir, trabajaremos al personaje sólo como ente de ficción y no como una prolongación de su creador.

II

Nunca habíamos apreciado un personaje tan complicado en lo que a caracteres propios de distintas corrientes literarias se refiere. En Carlos, y esto ya ha sido dicho en otras palabras, convergen características propias de personajes-tipos del Romanticismo, Positivismo, Realismo (con sus variantes criollistas y costumbristas), e inclusive, del Naturalismo.

Sin embargo, en su mayor parte, su ideario presenta una fuerte inclinación al Positivismo. Los añadidos caracteres de las otras corrientes tienen su explicación en la evolución del pensamiento venezolano en general. Mariano Picón Salas, entre otros, ya advirtió que el "Positivismo venezolano —pues las escuelas filosóficas europeas cambian un poco de gusto como los vinos, al cruzar el Atlántico— puede compararse con un Liberalismo vestido de Ciencia, y no de una Ciencia cualquiera sino de Ciencia Natural, que es la que precisamente no puede aplicarse a los hechos históricos. Además llega a nuestro trópico con casi treinta años de retraso y aplicando el esquema cotidiano de las tres edades de la humanidad, pre-

tende haber logrado después de pasar rápidamente de la edad teológica a la edad metafísica, la satisfactoria etapa positivista en que ningún fenómeno permanecerá inexplicable” (1966: 72). Con este esclarecedor juicio recordamos, y comprendemos, una vez más, la mezcla de corrientes filosóficas —y, por ende, literarias— que experimentó nuestro país. Es, entonces y hasta cierto punto, lógico reconocer la conjunción de caracteres y actitudes en un personaje que pretende erigirse en portavoz de nuevas ideas.

Esa mezcla de caracteres, no gratuita, va a generar una gran variedad de tipología de personajes, desde finales del siglo XIX hasta bien entrado el XX, que poblarán nuestra narrativa: **Zárate, Peonía, El Sargento Felipe, Doña Bárbara, Canta Claro y Canaima** menciona —para ejemplificar— **Picón Salas**, en la obra citada.

Del **Realismo**, Carlos tomará cierta actitud. Aquella, mencionada por Uslar Pietri cuando se refiere a los personajes de la narrativa de la época, de ver “con ojos de forastero” una realidad distinta a la que conoce, pero ya intuida por él. Es el personaje que anda “a caza de lo pintoresco, lo curioso, el color local” (1987: 257). Por ejemplo, en el capítulo LXXVII, luego de escuchar a un muchacho campesino entonar una canción, tiene lugar la siguiente conversación con su amigo Méndez, que verifica su interés y su amor por lo genuino nacional:

—¿Qué te parece? —me preguntó.

—Este tiene más sentimiento que los del otro día; en rigor crítico, hay poesía en sus versos.

— Sí la hay; es una lástima que este muchacho no hubiera tenido cultivo.

—No lo creas; sus versos tienen ese sabor de tomillo, ese olor de malvas y albahacas, porque no ha ido a nuestras cátedras de literatura; si cae en poder de esos

viejos roedores de papel, verdaderos ratones de biblioteca, pierde el colorido nacional; éste no es un hombre que pudiera, ni en cien años de estudio, vaciar su sentimiento artístico en el molde de una oda de Horacio; su genio va a la poesía ligera, melancólica y filosófica a la par; tendería a la escuela alemana, a ese semillero de baladas bellísimas, nativas del viejo Rhin, las cuales no cuadran a nuestros almidonados académicos; lo harían un fabricante de villancicos, un versicultor de octosílabos inertes y descoloridos. (1963: 124).

El ideario político de Carlos, que apunta a una revelación de lo que ocurre en el país, curiosamente no se verifica en forma de discurso académico, rayano en lo pedante, propio del personaje positivista, sino que está "disuelto" en una oratoria plena de ironía. En el capítulo II tenemos un ejemplo claro de esto:

Entre nosotros las dos grandes carreras son la Guerra y la Iglesia, porque dan para vivir cómodamente sin trabajar. Yo cargo hoy con un fardo muy pesado que se llama título de doctor, pues ustedes comprenderán que ahora no puedo andar como antes, con los calzones remendados y los zapatos rotos; y como la profesión no da... (11)

Un ejemplo más lo tenemos en el capítulo VI, cuando Carlos huye despavorido de un "novillo careto destoconado". A raíz de la burla que hiciera sobre él un lugareño, se consuela pensando:

El miedo también tiene su valor; y no he de ser yo el único venezolano cobarde; si no que lo diga Guzmán. (18).

Pocos críticos coinciden en que Carlos presente visos románticos. Y esto se justifica al observar que el pensamiento positivista del personaje adquiere un peso preponderante. Sin embargo, hay quienes intuyen este aspecto, no desechándolo de un todo. Oswaldo Larrazábal, tras negar en Carlos la "tendencia romántica", acepta que el pensamiento del personaje que se acerca a lo romántico se encuentra en su "individualidad": "El tratamiento que se le da en forma general, a Carlos, no pertenece a la tendencia romántica, y no podría serlo, porque se trata de describir y de interpretar a un joven de formación positivista, que se comporta desde una actitud materialista y enjuiciativa; y que *si algo tiene de romántico, ese algo está dentro de su propia constitución como individualidad*, diferente, sin embargo, en esencia y como conducta, a una representación del romanticismo sentimental decadente" (1980: 172).*

Por su parte, Rafael Osuna Ruiz ve, en el personaje, unas características pertenecientes a lo que él mismo llama "imágenes de la romanticomanía" (ob. cit. 28-32). Con esta frase, más bien peyorativa, el estudioso hace referencias a lo que otros han calificado como el "romanticismo decadente".

Las características románticas del personaje se hacen más evidentes o, mejor dicho, cobran más fuerza, hacia el final de la novela cuando Carlos cae postrado por una fiebre producto de su mente, al verse alejado definitivamente de Luisa. Dicha enfermedad lo acosa primero en la cárcel y, posteriormente, en el exilio, en la isla de Trinidad.

* El subrayado es nuestro

Al tercer día apareció de nuevo y más intensa que antes la fiebre que me hacía acometido en Caracas; entonces resolví arrastrarme hasta las puertas del hospital y dejar al tiempo que resolviera los problemas que tenía pendientes. (140).

El idilio entre los protagonistas, aunque no es privilegio del Romanticismo, alcanza en esta corriente gran profundidad y principal interés. Por ello, los encuentros, las conversaciones, las miradas, los gestos, que se dan entre Carlos y Luisa, llevan en sí el estigma romántico.

Carlos, quien hace alardes de su "dureza de corazón", tiene una capacidad impresionante para hilvanar una frase tras otra, hasta elaborar verdaderos discursos amorosos, característicos del más puro romanticismo, ya que, como veremos al final de nuestro trabajo, su temperamento es tan variable como su manera de pensar: con qué inmensa facilidad cambia Carlos de la ternura al pragmatismo.

Ejemplos del discurso romántico son los siguientes:

-Te traje estas flores. ¿No eres amigo de las flores?
-Sí —le contesté con amargura—. Las flores tienen mucho del amor de las mujeres. Así como ellas abren su broche con el primer beso de la aurora, las almas femeniles, débiles y tornadizas se despiertan con la primera caricia, se calientan al fuego vivificante de una pasión y, como la flor que se deshoja, las tibias brisas de la noche se llevan promesas, jurmaentos y recuerdos: para la mujer, la poesía de la vida sólo tiene un capítulo: el olvido. (31)

-¡Me das miedo, Carlos!
-No, Luisa. El miedo está en ti, yo no te lo inspiro; tú sientes eso mismo que siento yo, porque ambos vivimos

en la soledad y el vacío; quizás yo lo sienta más que tú; pero a ti te asusta el no haber caído antes en cuenta de que siendo la decepción el pasto de tu espíritu, es necesario buscar otros rumbos, volver la vista a más risueños horizontes!... (85)

Y bajó sus hermosos ojos, ladeó blandamente la cabeza, como atraída por algo misterioso que tuviera yo. Tomé su blanca mano y la besé; dejé correr el brazo alrededor de su talle, y, jadeante, como si la pasión me abrumara, tembloroso, cual si tuviese miedo, la contemplé un instante, y posé mis convulsos labios en su frente virginal, y la oprimí tanto, tanto, que casi perturbaba su agitada respiración y cortaba los suspiros que brotaban del fondo de su pecho. Así permanecemos algunos instantes. Sentí que mis pulmones no tenían aire; mis nervios se mecían al vaivén de aquel soplo voluptuoso; y ya faltaba luz a mis pupilas, cuando Luisa despertó de su abandono y con ternura infinita murmuró a mi oído, quizás para despertarme también.

—¡Te amo tanto!... (117-118).

Además de este discurso idílico romántico, que Osuna Ruiz se empeña en calificar como producto del "romanticismo barato", lleno de "lugares comunes" (ob. cit. 31); podríamos ver otras características románticas o, en el mejor de los casos, sustratos de lo romántico, en el hecho de que Carlos representa al tipo "rebelde" y "civilizador", así como al personaje en donde lo subjetivo es preponderante, y que presenta una tendencia al "pesimismo" o a la "fatalidad", al comprender que no podrá cambiar el estado de cosas en la hacienda "Peonía" y, por extensión, en el país.

Las características del *Naturalismo* verificables en

Carlos, se presentan como prolongación de su realismo, pues en contraposición a ese romanticismo idílico el personaje nos da una visión de las lacras sociales de la vida provinciana frente a la civilización de la ciudad. Recordemos que las descripciones descarnadas de los "ventorrillos", así como la de la señora Segunda —por ejemplo— provienen directamente de la visión de Carlos.

La señora Segunda se levantó muy temprano, proporcionándome así el placer de verla a la luz del día. Todavía no se había lavado la cara; por lo menos llevaba en las pestañas todas las secreciones de sus ojos negros, vivaces, pequeñitos, como de pulga y encapotados. Tampoco se había peinado el cabello pasado, especie de lana, que a manera de colchón llevaba en la cabeza; y en los salientes pómulos, cubiertos de paños, se distinguían perfectamente como huellas de cucarachas. La boca, grande, muy grande, cual si fuera una mochila de henequén o un canasto, no estaba en mejores condiciones de aseo; diríase que aquellos labios, finos y arrugados, habían pasado la noche untados de chocolate; y en la estrecha y ahuecada barba lucía una chorrera, indudablemente del mismo líquido. (104).

Pero más allá de estas descripciones o de estas "imágenes descoloridas" —como las califica Osuna Ruiz— lo naturalista se observa en un pensamiento cuyo principal aspecto es el pesimismo a ultranzas. Un claro ejemplo lo tenemos en el capítulo XXXIX, cuando Carlos se topa con un antiguo condiscípulo del colegio y entablan la siguiente conversación:

Después del abrazo de ordenanza, hube de preguntarle cómo estaba de dinero.

—Mal —me respondió—, aquí la gente no se enferma; entre el boticario, el cura y yo, hemos convenido que

despacharemos a los buenos ya que nadie quiere ponerse en condiciones de recetarse y morirse.

—Bien pensado —le dije—, es preciso ganarse la vida; entre nosotros, querido amigo, la mejor profesión es ser cura o general.

—Ya lo sé: la ciencia, hasta hoy, es para los venezolanos que a ella se dedican, como el gancho del trapero, o el cuchillo del zapatero; pesa sobre nosotros una atmósfera de plomo, todo está en calma, con esa tranquilidad de los cementerios.

—Y que mucho se siente ese malestar, si llevamos parálisis en el cerebro y anemia en el carácter; nadie piensa, nadie tiene voluntad propia, nadie conserva rasgos de la antigua dignidad. (63)

Como vemos, esa crítica que viene haciendo Carlos sobre el ambiente que le rodea y los prejuicios y vicios (malas costumbres) de los personajes que le son contrarios, se va a recrudecer y a intensificar, superando los estadios realistas. Al respecto afirma Osuna Ruiz: "Este procedimiento estético habitual de nuestros costumbristas (la crítica al estado de cosas) está ahora renovado por el ideario del naturalismo, sobre todo con el análisis extremado y sombrío de la vida familiar" (ob. cit. 36).

Las características del Positivismo en este personaje, como se sabe, son las más evidentes. Carlos es el típico libre-pensador, que realiza largas disertaciones acerca de múltiples y variados aspectos como el amor, la política, la economía, la educación, la moral, la justicia, la miseria, y muchos más. Desde el comienzo mismo de la historia —y decimos "historia" y no "novela"— Carlos se nos presenta como un joven que acaba de culminar sus estudios universitarios, quien se regodea en

sus conocimientos y su ironía frente a su madre y su abuelo. Este protagonista —quien, ya hemos dicho, va narrando la anécdota— es construido por contraste a los demás personajes: su madre y su abuelo presentan viejos prejuicios; su tío Pedro es un fiel partidario de la dictadura guzmancista; Carmelita —la actual esposa de Pedro y antigua doméstica de éste—, Andrea —hermana de Luisa y, por tanto, prima de Carlos—, Casiano y Bartolo —capataz y peón de la hacienda, respectivamente, y la bruja Segunda, van a representar la degeneración de la vida de provincia. En cambio, los otros personajes constituirán el bando de “los buenos”: Luisa, su prima y co-protagonista del idilio; el tío Nicolás y Méndez, que encarnan el pensamiento y los intereses afines a los de Carlos; y, por último, Perucho —hermano de Luisa y Andrea— Ceferina, Gracia, Toribio y Pascual, quienes tienen carácter accesorio en la novela y sus actuaciones son puramente instrumental.

En medio de esta gama tan variada de personajes. Carlos se nos irá presentando mediante sus pensamientos, conversaciones y acciones. Casi siempre antepone la razón a la pasión, cuando se enfrenta a alguna situación. Es materialista; opone el pensamiento lógico-científico— a los métodos rústicos de su tío Pedro; vive elaborando teorías acerca de todo; y se presenta a sí mismo como una persona moderna, actualizada y preparada. En referencia a estas actitudes dirá Larrazábal: “Es un representante de la ‘cultura del momento’ y como tal va a ‘Peonía’, para tratar de imponer sus conocimientos” (ob. cit. 175).

El momento máximo positivista de Carlos se encuentra cuando éste compara la actitud y las razones de sus tíos (Nicolás y Pedro) al intentar ayudarlos a salvar sus diferencias con respecto a los linderos de ambas haciendas. Pedro y

Nicolás, siendo hijos de una misma familia, son dos personajes totalmente opuestos. Pedro es rústico y utiliza "métodos empíricos", mientras que Nicolás, hombre preparado, pone en práctica "métodos modernos y productivos" (Larrazábal, ob. cit., 177-178).

Además, Carlos se define como "hombre sin fe" y "rebelde a las mojigaterías sentimentales". Con esto terminamos de delimitarlo entre los parámetros positivistas: sólo cuenta la razón. La religión y el amor, por ser elementos del alma, no caben en su modo de vida y de ver las cosas.

III

Es aquí, justamente, donde se complica el personaje. El idilio, base fundamental e indiscutible de la estructura de la novela, cobra una mayor importancia en el estudio que estamos haciendo de Carlos. Este personaje muestra frente al amor, como hemos visto, una actitud inconsistente. En oportunidades demuestra una inestabilidad emocional ya que, por un lado, se refiere desdeñosamente a la "mojigatería sentimental" y, por otro, se sume en un embelesamiento y constante pensar en Luisa. Ya Rafael Osuna Ruiz apuntaba que "su conducta con la prima es, desconcertante", que "medita en su cuarto con el cinismo que no responde a su ideal moralizador" y, aún más, que es "desleal en sus meditaciones" (ob. cit. 44-45).

Un fragmento que ilustra la indefinición de Carlos con respecto a lo que siente y espera de Luisa, lo tenemos en el capítulo LIII:

Hay veces que yo mismo ignoro lo que quiero. Cuando adopto una resolución, voy derecho a mi objeto, cueste lo

que costare; pero antes de echarme el lío a la espalda, ando como en el aire. ¿Qué fenómeno será este? En realidad, no sabía si amaba a Luisa o no la amaba; si debía casarme o no; si debía seguir mis relaciones o cortarlas por completo. Quizá digo mal: es muy probable que sí supiera qué camino seguir; pero no quisiera tomarlo. ¡Debilidades humanas, o debilidades mías! ¿Será realmente un crimen engañar a una mujer? ¡Tantas veces no engañan ellas! (90-91).

Osvaldo Larrazábal también apunta esta inestabilidad del personaje. Afirma que Carlos "se moviliza dentro de un constante vaivén entre las dos posibilidades: el romántico y el materialista" (ob. cit. 176). Dicha actitud en el personaje nos hace pensar en que la mezcla de caracteres de distintas corrientes realizada por Romero García, logró —consciente o inconscientemente— un modelo distinto, original, con respecto al resto de la narrativa dada hasta la época.

IV

Hasta finales del siglo XIX, debido a la importancia capital que se le daba a la formación de los caracteres, el estudio de los personajes era obligante. El análisis de la obra, prácticamente, estaba "sometido" a la comprensión de las distintas caracterizaciones. Por ello, actualmente se le presta mayor atención a otros aspectos como la estructura, el tiempo, el ambiente, las voces narrativas, etc. Pero también ha contribuido a que esto sea así, el hecho de que los personajes ya no participan de una sola categoría, sino que se han fragmentado. En este aspecto, el personaje-tipo ha desaparecido.

Carlos, como hemos apreciado, conjuga en su individualidad múltiples caracteres, no pudiéndose clasificarlo en una categoría determinada.

La confusión que nos crea este personaje (entendiendo éste como mera ficción y no como representación o "portavoz" de su autor) en primer lugar viene dada porque lo que conocemos de él, viene —precisamente— de él mismo. Y como no podemos emitir juicios basados en el reducido campo de visión que nos ofrece el mismo personaje, forzosamente hemos tenido que recurrir a un estudio basado en sus diferentes actitudes; es decir, haciendo un recorrido por las distintas tipologías.

Según las tipologías formales, tenemos —en primer lugar— que Carlos es un personaje mutable a lo largo del relato. Sus actitudes y modos de pensar varían de acuerdo a la situación. De esta manera, no podemos encasillarlo en un tipo, como sí podemos hacerlo con los demás. Ya hemos visto con qué facilidad se pueden construir paradigmas, clasificando en "buenos" y en "malos" al resto de los personajes. Estos son personajes estáticos, pues permanecen inmutables.

Según el teórico E.M. Forster, citado por Ducrot y Todorov (1987: 262), los personajes se pueden clasificar por su grado de complejidad en chatos y densos. Carlos, obviamente, pertenece al personaje denso, ya que con su actitud es capaz de sorprender al lector. Ahora bien, esta sorpresa debe ser convincente, pues de lo contrario indicaría fallas en su construcción. Para un lector casual, las actitudes de Carlos no tendrían razón de ser. Pero quien permanezca atento a sus reacciones, comprenderá que se halla ante un personaje no visto hasta entonces en la novelística venezolana.

Y si recurrimos a la clasificación que hacen Wellek y Warren (1985: 263), veremos cómo Carlos se adapta fácilmente al "esquema" del personaje en relieve o dinámico, en contraposición a un tío Pedro, por ejemplo, que no ofrece posibilidades de analizarlo más allá de un "espacio" delimitado de antemano.

V

Ahora cabrá preguntarse si estas características que presenta Carlos en cuanto a su estructura se deben a aciertos o fallas del autor. Hay quien asegura que las múltiples facetas que ofrece Carlos se deben a que el autor, no ducho en el campo literario, quiso construir un personaje distinto, "aderezándolo" con los elementos de las diversas corrientes, que ya hemos visto.

Sin embargo, nosotros pensamos que —en su afán de convertir a su personaje en portavoz de sus ideas— Romero García estaba construyendo, quizás sin saberlo, una suerte de personaje típico de la novela contemporánea. Lo que ocurre es que como dicha construcción no fue consciente, el lector nota algunas "costuras" al no comprender de un todo ciertas actitudes del protagonista.

Si, como hacen otros, partimos de un análisis basado en considerar a Carlos una extensión de su autor —es decir, verlo como una identificación de Romero García— entonces podemos suponer que su "inconsistencia" o su "vaivén", se debe a que no es un personaje "monolítico", "tipo", sino que su psiquis se halla fragmentada, que varía de acuerdo al estado de ánimo, tal como ocurre en el ser humano.

VI

Insistiendo un poco más, nos topamos con el tipo de personaje en conflicto, de "héroe problematizado", que Georg Lukacs (1974: 104-121) considera característico de las novelas pertenecientes al "Romanticismo de la desilusión". Es muy factible ver en Carlos los caracteres de este tipo de personaje, pues sus intenciones son mucho más vastas que las posibili-

dades que el mundo le puede ofrecer. Al ver frustradas sus expectativas de lograr un acuerdo entre sus tíos, de unirse definitivamente a Luisa sin importar las diferencias socioculturales, o de ver el castigo merecido para Casiano y Bartolo, Carlos se convierte en un "eterno desilusionado"...

De todas formas, más allá de todos los defectos que se le han atribuido a Peonía, debemos aceptar como un logro la construcción de su protagonista, en quien vinieron a conjugarse tan variados y hasta disímiles caracteres. Se ha dicho que Carlos es el único positivista que sufre, y debemos comprender que en esto radica un paso seguro en el desarrollo del género novelesco en nuestro país.

BIBLIOGRAFIA

- DUCROT, Oswald y Trvetan TODOROV: 1987. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Siglo Veintiuno Editores. México, 13a. ed. 421 p.
- LARRAZABAL, Oswaldo. 1980. *Historia y crítica de la novela venezolana del siglo XIX*. Instituto de Investigaciones Literarias. (UCV) Caracas, s/ed. 303 p.
- LUKACS, Georg. 1974. *Teoría de la novela*. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires, s/ed. 174 p.
- OSUNA RUIZ, Rafael: 1963. *Elaboración de "Peonía" dentro del costumbrismo*. (Material mimeografiado). UCV. Caracas, 62 p.
- PICOSSALAS, Mariano. 1966. *Suma de Venezuela*. Editorial Doña Bárbara. Caracas. 1ra. ed. 204 p.
- _____. 1984. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Monte Avila Editores. Caracas, 1ra. ed. 348 p.
- RATCLIFF, Dilwyn F: 1966. *La prosa de ficción en Venezuela*. Ediciones de la Biblioteca UCV Caracas, s/ed. 178 p.
- ROMERO GARCIA, Manuel V: 1979. *Peonía*. Los libros de Plon. Salsadella (España) 1ra. ed. 168 p.
- USLAR PIETRI, Arturo: 1978. *Letras y hombres de Venezuela*. Editorial Mediterráneo, Madrid, 4a. ed. 345 p.
- WELLEK, René y Austin WARREN. 1985. *Teoría literaria*. Editorial Gredos. 4a. ed. 5a. reimpresión., 430 p.